

la exactitud de la documentación o el propósito moralizador. Pero el poeta que es Miguel Angel Asturias, transformando cuanto toca con su varita encantada, ha hecho de esas *Leyendas de Guatemala* un estuche de poesía, una mágica arquilla de evocaciones. Son sus páginas un acto de amor al suelo patrio, un himno de sonriente entusiasmo por las cosas familiares, una melodía en que se unen al recuerdo de los cuentos infantiles, las visiones vibrantes de los paisajes y de las cosas de su Guatemala.

La pintura que el poeta hace de su "pueblo" natal, recuerda en ternura la de los pueblos que ennoblece Azorín en sus primeros libros. Pintura que da a la ciudad entera un aire de "día de fiesta", cual si en su ambiente se difundiera siempre el bienestar un poco lento y adormilado de los domingos. ¡Y cuán delicadamente evocadoras las estampas de las tres capitales sucesivas! La del valle de Almolonga, arrasada por la tragedia de que fuera prólogo el enlutamiento de la casa de la ciudad doliente de Alvarado. La del valle de Panchoy, que el áspero Cabrakán legó en ruinas poderosas para asombro de viajeros y encanto de artistas, en la que "se siente una gran necesidad de pecar" y se evoca la figura prócer del Capitán General del Reino, Conde de la Gomera, gemela de la del Virrey Marqués de Mancera, en mi Nueva España. La tercera, en fin, Guatemala de la Asunción, vieja ya de siglo

y medio, el "pueblo" del poeta, en su llanura feliz, al centro de la rosca de San Blas de sus montañas. ¡Cuán bellas, también, las evocaciones de Palenque y de Copán, de Quiriguá y de Tikal! Renuevan esas páginas el gusto que nos diera antaño aquellas prosas del Valle Inclán de los comienzos, embriagoras de música y de *reverie*.

Milagros son, esas evocaciones prestigiosas, de un estilo al que nada se le escapa de lo real, pero que a la vez busca y descubre bajo su corteza la pulpa jugosa de poesía y la creadora semilla. Estilo muy moderno sin dureza y cursivo sin blandura, aquí y allá salpicado de modismos sabrosísimos, que le dan un matiz de bonhomía y sencillez. Pero también sabe alzarse al tono mayor, al de los himnos del Popol-Vuh, de tan soberbia exaltación y tan limpia humildad, transcritos en la versión que Miguel Angel Asturias y yo, en nuestra traducción del Libro del Consejo, redactamos, no con la preocupación erudita que normó otras páginas, sino con preocupación de artistas. Esos admirables himnos dan tono y color a una de las más bellas leyendas del libro: la que cuenta la consagración de un *Galel* o Eminente, en el sibilino estilo de los viejos ritos, con metáforas que crean

J. M. González de Mendoza

París, 1930.

Si le interesan las *Leyendas de Guatemala*, pídalas al Adr. del Rep. Am. Precio \$3. (Un dólar para el exterior.)

una lógica anormal en la que el espíritu vaga, como *Cuero de Oro*, a través de un bosque de árboles humanos, o danza, como él, al compás de las vocales de un grito, en la mágica encrucijada negra, verde, roja, blanca, de los caminos cardinales de Xipalbá.

¡Y que profusión de imágenes, a cual más nueva y precisa!: Dios dentista, arrancando de cuajo los árboles como muelas; las mejillas de la novicia, alfilereros de lágrimas; su trenza, chorro de vivo carbón; y ese hallazgo que dice tanto y tan sutilmente en cinco palabras: "femenina como un dedo meñique". Muchas otras citaría, y aún páginas enteras, pues de mí sé decir que he vuelto atrás en el hilo de la lectura no pocas veces, para regustar un acierto o deleitarme otra vez en una melodía.

Todo habría que citarlo en este libro delicioso: la leyenda del Cadejo y la del Sombrerón, como la de la Tatuana y su barquito. Y hasta el vocabulario final es jugoso y lleno de enseñanza, cuando no de sabor, en tanto que sus dibujos ponen en la vastedad de las páginas el misterio de los códices mayas o la dureza de los aztecas, mezclándolos a la poesía en voluptuoso coctel.

Tal veo este libro, que sitúa en el paisaje de América una Guatemala de ensueño cual las ciudades encantadas de los cuentos orientales, y que conquista para su autor un puesto en la cohorte en donde se reclutarán para las letras iberoamericanas, los próximos maestros.

## De Los Trofeos de José María de Heredia

— Envío del traductor —

### I

#### El Cidno

Bajo un azul de triunfo que un sol ardiente dora,  
Blanquea el río oscuro la trirreme de plata,  
Y aromas de incensario por la orilla desata,  
Rumor de seda y música de flauta arrulladora.

En la proa radiante que el gavilán decora,  
Cleopatra, inclinándose, las pupilas dilata,  
Y ante el sol, y entre el brillo del dosel escarlata,  
Es gran pájaro de oro que su presa avizora.

Tarso, allá, do el guerrero la aguarda desarmado;  
Y abre la bruna Reina, en el aire encantado,  
Los brazos, do la púrpura pone róseos fulgores;

Y a su lado no ha visto, presagios de su suerte,  
Que en el agua sombría van deshojando flores  
Los gemelos divinos, el Amor y la Muerte.

### II

#### Antonio y Cleopatra

Ambos, en la terraza, miraban bajo urente  
Y sofocante cielo, el Egipto dormido,  
Y atravesando el Delta, el Nilo en dos partido  
Que a Sais y a Bubaste desliza su corriente.

Y el Romano sentía, bajo el peto luciente,  
Ya cautivo soldado, en un sueño abstraído,

Sobre él plegarse, y luego caer desfallecido  
El cuerpo que a su seno juntaba abrazo ardiente

Entre el bruno cabello, su rostro fatigado  
Volvió a él, de invencibles perfumes embriagado,  
Y le tendió los labios y los ojos serenos;

Y reclinado en ella, Antonio, a quien subyuga  
El amor, en sus ojos de puntos de oro llenos,  
Vio todo un mar inmenso con galeras en fuga.

### III

#### El viejo orfebre

Mejor que experto orfebre, Ruiz o Juan Arfe sea,  
Becerril o Ximénez, con arte delicado  
Rubíes, esmeraldas y perlas he engastado,  
Y mi ingenio las asas de las copas arquea.

Haciendo ante los cielos de culpa el alma rea,  
Sobre plata y esmalte cincelé en el pecado  
En vez de un Santo mártir, o a Cristo en cruz clavado,  
Ebrio a Baco y sin velos a Venus Citerea.

Damasquiné el acero de estoques y puñales,  
Y ocupado mi orgullo en obras infernales  
Aventuré mi parte del celestial tesoro;

Y al ver que ya se acerca mi día postrimero,  
Cual Fray Juan de Segovia, famoso orfebre, quiero  
Expirar, cincelandos una Custodia en oro.